

LA INCANSABLE
ORACIÓN
DE UNA MADRE



La Historia de Alfredo Vallellanes

KHCB Radio Amistad

2424 South Boulevard, Houston, TX 77098
(713) 520-7900 o 877-77-AMIGO

Maneras de Escuchar a Radio Amistad



1400^{AM} y 101.5^{FM}



www.RadioAmistad.net



Aplicación Móvil



Red de Radio Amistad



Radio Amistad



Radio Amistad - Temas Vitales



@RadioAmistadUSA



@radio_amistad

LA INCANSABLE ORACIÓN DE UNA MADRE

MIES FOUNDATION
P.O. Box 93456
Lakeland, FL 33804
Avallellanes@usa.com
Miesfoundation.org
(787)-244-8348

Version Reina Valera Actualizada, Copyright © 2015 by Editorial
Mundo Hispano

La Historia de
Alfredo Vallellanes

Mi madre, Carmen Luz Beltrán Vázquez, me llevaba a la iglesia cuando era niño; se esforzaba en que yo siguiera el buen camino y me alejara del peligro de la calle. De los cuatro hijos, yo era el que más dificultades le causaba a mi madre, una mujer muy trabajadora que se preocupaba por mantenernos en la escuela y en la iglesia. El barrio donde nací y me crié era conocido por sus peligros y constantes peleas. A pesar de todos los esfuerzos de mi madre, a los 13 años dejé de asistir a la iglesia. Yo estaba en la encrucijada de seguir el deseo de mi madre, que me obligaba a asistir a la iglesia o de seguir a mis amistades y hacer las cosas que ellos hacían. Preferí seguir a las amistades de la calle pensando que era lo mejor y más divertido. No sabía los peligros que la calle representaba.

Desde los 13 a los 16 años, comencé a probar todo lo que la vida ofrece; me gustaba pelear y solo les temía a unas pocas cosas como ponerme una inyección y a los perros, pues varios me habían mordido.

Mientras tanto, mi madre no perdía la esperanza de que yo regresara a los caminos del evangelio. Aunque me veía haciendo todas las cosas con las que yo la avergonzaba, ella seguía confiando en Dios, de que la semilla que se había sembrado en mi mente y en

mi corazón daría fruto algún día. Era común verla de rodillas orando por mí en la sala de mi casa aun cuando llegaba tarde. Cuando oía que había llegado, se levantaba y se iba a la cama a dormir.

Mi madre era como aquella viuda en la parábola que Jesús compartió, la cual insistió ante el juez injusto, quien no tenía temor de Dios ni respetaba a los hombres. El juez era un hombre que no hacía las cosas como debía, pero la viuda fue donde él vez tras vez, pidiendo que le hiciera justicia. La historia bíblica dice que el juez al final razonó y dijo “Aunque ni temo a Dios ni respeto al hombre, le haré justicia a esta viuda porque no me deja de molestar; para que no venga continuamente a cansarme” (Lucas 18:4-5).

Dios no es un juez malo que no hace justicia. Cuando usted ora (como lo hace una madre) y va delante de Dios, aunque no vea nada sucediendo, Dios está obrando. La oración neutraliza cualquier plan de satanás que trata sigilosamente de engañar a cada ser humano en la tierra. Al principio, mi madre trataba de hacer que yo cambiara e hiciera las cosas como correspondía. Pero eso no le funcionó. Al final le echo mano a la oración e intercesión y eso comenzó a cambiar las cosas dentro de mí.

El plan del diablo es mantener a las personas lejos de Dios y de su Palabra. Él quiere que las personas vivan ansiosas, enemistadas unos con otros, con odios, egoísmos, desenfreno moral, y que culpen a

Dios por todo lo malo que les pasa. No le molesta que las personas tengan sus religiones y sus creencias con las que piensan que serán salvos en la eternidad. La oración le ayuda a clarificar sus pensamientos y a confiar en Dios quien es el único que puede cambiar el corazón de las personas. Nosotros no podemos entrar en la mente de otro, pero el Señor es quien crea las condiciones para que las personas que amamos y que no le sirven, puedan conocerle y servirle como Señor de sus vidas. Dios puede ayudarnos a tomar las decisiones sabias en la vida.

Al estar en la calle, se habían apoderado de mi mente y corazón algunas de estas ideas que suelen ir de boca en boca hasta convertirse en filosofías de vida o credos para las personas. Estas ideas se convierten en estilos de vidas de grupos que crean sus propios ecosistemas para reclutar a las personas y programarlas para vivir dentro de ellas y así mantenerlas cautivas.

“Dios no existe”

En nuestro mundo hay una guerra de ideologías que se apoderan de la sociedad sin que la gente se dé cuenta. Una de esas ideas es que Dios no existe. Lo cómico es que no existe para buscarlo u obedecerlo, pero cuando le sucede algo malo a la persona, entonces el Señor sí existe, únicamente para culparlo por lo malo que pasa. Allí hay una contradicción porque si uno dice que Dios no existe, y le pasa algo malo, no debe buscar a Dios

para reclamarle. No haga que Dios solo aparezca en tu vida para decirle “Tú eres el culpable de lo malo que me ha pasado”. En esas contradicciones caen muchas personas.

Esa es una forma engañosa de vivir la vida. Las ideas que se apoderan de las personas hoy día los está llevando a ser presa fácil de los sistemas que tratan de reclutar y ganar adeptos para someterlos a estilos de vidas contrarios al deseo de Dios. Algunos decretan el fin del cristianismo o de la época en que las personas preservan la idea de la existencia de Dios. La legalización de las drogas, la prostitución y la imposición de las ideologías de género son ejemplos de las batallas que en el mundo se está librando. Crea en Dios de todo corazón y sírvale. Búsquele de todo corazón y Él le mostrara el camino a seguir que es Su hijo Jesucristo. Él tornara aun las cosas adversas en bendición para Sus hijos.

“La iglesia es para los ancianos”

Otra idea que se apoderó de mí era que los jóvenes no deben ir a una iglesia, menos si son varones. Yo pensaba que la iglesia era para personas ancianas que después de vivir toda una vida ya no tienen nada más que hacer y se refugian en una iglesia. Pensaba que la iglesia no era para un hombre, o para un joven perteneciente a un grupo social donde tiene que pelear y el más fuerte sobrevive. Pero en realidad, ahí está la pelea de poder,

de autoridad, de control en la que nos desenvolvemos. Eso había hecho que en mi pensamiento se borrara la posibilidad de que existiera un Dios amoroso, creador, un Dios que se ha revelado al mundo, que es sobre todas las cosas, y desea establecer una relación con todos los seres humanos.

La falta de un padre

Vivíamos en el un campo de mí país y nos mudamos a la Isla de Puerto Rico cuando nosotros éramos muy pequeños. Fue un cambio fuerte de una vida agraria dependiendo de la agricultura y animales a la vida en la ciudad. Recuerdo que el primer día que asistí a la escuela primaria vinieron tres muchachos y me cayeron encima a golpes. Eso del acosamiento ya existía en mi barrio y en mi país. Éramos todos hijos pequeños (el mayor tenía apenas siete años) y estábamos sin padre. Por mejor que hagan el trabajo las madres (como fue el caso de la mía que hizo un trabajo extraordinario supliendo las necesidades y la disciplina que se requería cuando éramos niños) hacía falta la presencia de un padre en el hogar.

Al llegar la etapa de la adolescencia comencé a desafiar la autoridad de mi mama. Definitivamente el tener un padre en la casa que nos acompañara en la formación del carácter y de los nuevos hábitos, en la disciplina del trabajo y de estudios me hubiera librado de mucho dolor. Mi madre no pudo suplir esto. Y allí

es donde las ideas que permeaban el pensamiento de la calle donde el más fuerte sobrevivía, empezaron a influir en mi mente y conducta.

En la escuela, por ejemplo, era muy común que formáramos pandillas para empezar a pelear o competir con otros grupos. Estas cosas iban marcando mi vida y poniendo en mi corazón otros valores, otras ideas, y la violencia se convirtió en mi estilo de vida. La violencia trae violencia y eso me llevó a que desde los nueve años empezara a buscar en el boxeo un escape, un refugio para contener esa violencia.

Soy el segundo. Mi hermano mayor fue policía y tengo dos hermanas menores que eran todo lo contrario a mí; tremendas niñas que permanecieron en la iglesia siempre amando al Señor siendo un testimonio alentador de lo que es vivir una vida cristiana junto a mi madre.

Una fe inquebrantable

Cuando miro hacia atrás y veo el testimonio de mi madre, lo que ella hizo, cómo se mantuvo orando y hoy que lo evalúo, pienso: verdaderamente era una mujer de fe, una mujer que no perdió la perseverancia. Ella confió, aunque no estaba viendo resultados. Ya me había ido de la escuela y comencé a probar drogas, alcohol y ese tipo de cosas. A los 15 años, llegaba a las dos o tres de la mañana, borracho, con un auto, aunque no tenía ni licencia de conducir. También tenía dinero

para poderme valer. En las calles había ganado cierta reputación como una persona que hacía actividades delictivas.

Temprano en mi juventud comencé a negociar con licor y a vender cosas ilícitas. Me vi involucrado en actividades ilegales y en riesgo de perder la vida. En una ocasión me dispararon seis balas, pero resulté ileso porque corrí a refugiarme antes de que me alcanzaran alguna de ellas. En otra ocasión, estaba en una pequeña discusión que se tornó en una pelea con otro joven en las afueras de su lugar de trabajo.

El joven, muy enfadado, entro velozmente a su lugar de trabajo, una carnicería, y tomo uno de los cuchillos. Luego vino corriendo hacia mí con el arma blanca de 9 pulgadas de largo y me lanzo una puñalada con toda su furia. Caí al suelo en mi intento por evitar que me alcanzara y esquivar la estocada que podría ser mortal. El continuaba tratando de enterrar su cuchillo en mi cuerpo, pero milagrosamente fallo en su intento. Me defendí pateándolo hasta que otras personas intervinieron para controlaron al agresor.

Otro día, estaba en un lugar donde no debía estar y la policía me detuvo y me llevo arrestado al cuartel de la policía. Querían acusarme por robo, pero los policías me soltaron porque apenas tenía 15 años.

Una guerrera de oración

Cuando llegaba a la casa a esas horas de la madrugada en esas condiciones, el cuadro que me encontraba

era mi madre de rodillas en la sala de mi casa sin ir a dormir. Ahora lo cuento y tengo que resistirme para que las lágrimas no se me salgan, pero en ese momento no lo veía así. Ver a mi madre orando me producía mucho coraje, mucha irritación. Yo le reclamaba y peleaba con ella por lo que hacía. No tenía que estar esperándome y mucho menos en esas condiciones. Ella debía estar durmiendo pues yo ya era grande, yo sabía defenderme en la calle.

Lo que yo no entendía era por qué me había librado allá afuera de situaciones de peligro, de accidentes, de peleas con puñaladas y tubos, de armas, y de disparos, pues de todas ellas, salía ileso. Yo pensaba que era por mi osadía, porque yo era “la última Coca Cola en el desierto”. Pero la clave era una mujer orando por su hijo. Cuando yo llegaba, ella se levantaba y lo único que me decía era “Le he dicho al Señor que no me levantaría de aquí hasta que tú llegaras”.

Dios contesta la oración

Usted que tiene algún familiar o ser querido que se encuentra lejos de los caminos del Señor, en situaciones de las que piensa que no regresará, eso no es verdad. Las promesas del Señor son bellas. Dios escucha la oración que usted hace y Él salva a ese familiar. Probablemente nadie va a orar por él como usted lo hace, por lo tanto, permanezca firme, aunque no esté viendo el resultado. Dios, a su debido tiempo

va a responder. La oración, como la hacía la viuda de la Biblia, y como lo hacemos todos los que derramamos el corazón delante del Señor nos beneficia porque nos va desarmando. Nos hace saber que solamente Él es quien puede cambiar el corazón y la conducta de las personas.

Desilusión después de probar todo

Ya me había dado cuenta de que debía haber algún propósito mayor en mi vida. La existencia hasta casi cumplir los 17 años me había permitido probar muchas cosas, buenas y malas, tratando por mí mismo de encontrar el sentido de mi vida, haciendo cosas que socialmente parecían las correctas.

Decidí volver a la escuela, dejar los vicios y mudarme con mi padre que vivía en otro pueblo, para tratar de que me fuera mejor bajo su influencia. Durante esta etapa rebelde de mi vida, mi mamá usaba su sabiduría cuando yo le hablaba. Por ejemplo, un día que yo le dije “Madre yo me voy de aquí, me voy a vivir con mi padre”. Ella por dentro daba gracias al Señor porque ésta era la respuesta a sus oraciones. Yo las estaba acatando, pero no lo sabía.

En esta escuela me dediqué cien por ciento al boxeo. Estaba participando en peleas de boxeo aficionado y me estaba preparando para una competencia de los juegos olímpicos juveniles, que son las olimpiadas para los menores de 16 años. Yo podía competir por mi

país en ellas y estaba en mi mejor momento. Trataba de enderezar mi vida yo solo y, con mucha franqueza, analizaba lo que estaba dentro de mí. Al pensar acerca de mis áreas emocionales, me daba cuenta de que me faltaba algo grande. Por supuesto, Dios estaba fuera de la ecuación.

La película de mi vida

Dios usó cada circunstancia para llevarme a la decisión más importante de mi vida. Dios usa todo lo que tiene en Sus manos y a Su alcance para llevarte un mensaje. La casa de mi padre estaba en una montaña, en Corozal, Puerto Rico. Yo estaba haciendo una asignación para la escuela porque quería ser un estudiante aplicado y me di cuenta de que mi corazón no estaba completo; que debía haber un propósito mayor en la vida.

Me gustaba escribir y mientras escribía, me di cuenta de que necesitaba algo más de lo que ya tenía. Fue justamente una noche mientras estaba haciendo esas tareas que me desvié de las materias de la escuela y empecé a escribir. Escribía poemas e historias, y empecé a abrir mi corazón. Frente a la montaña donde yo me encontraba en esa experiencia existencial, una iglesia estaba celebrando un servicio al aire libre. Yo no sé quiénes eran y ellos no sabían que en la montaña había un muchacho que estaba en ese dilema.

El sonido de los altoparlantes subía a la montaña que le daba una acústica perfecta porque, a pesar

de la distancia, yo podía escuchar las canciones y una de ellas claramente decía “Yo soy feliz, yo soy feliz porque Cristo me salvó y ahora canto alegre”. Cuando escuché esa lírica, esa declaración de gente que vivía feliz, vino la película de todo cuanto había escuchado cuando niño acerca de la persona de Cristo. Allí entendí claramente que me habían hablado de un Salvador cuando era niño y que, por las ideas que adopté de la calle, el evangelio había perdido su brillo.

Si Cristo fuera real

En ese momento, era sólo un pensamiento, pero lo escribí e hice una declaración. “Yo no sé si Cristo es real, pero si lo fuera, Él es el único que podría hacer algo en mí”. Esa fue la declaración que inició el proceso en el que Dios me alcanzó con su gracia. El Señor utilizó todas las circunstancias, aun unas situaciones familiares duras y difíciles, que me hicieron retornar con mi madre en la ciudad de Bayamón.

Dos semanas pasaron desde el evento en la montaña y decidí ir a una iglesia que estaba en mi barrio, plantada por el barbero de mi comunidad. A veces pensamos que las iglesias las tienen que fundar personas altamente preparadas en teología, pero no es así la mayoría de las veces. El barbero del barrio, que era conocido porque daba los recortes fiados (a préstamo) pues a veces los residentes del barrio no tenían dinero para pagarle. Se llamaba Leonardo

Castro, era mejor conocido como Don Lolo, y había plantado una iglesia en mi barrio. Luego se hizo un hombre de negocios, un profesional y prosperó en abundancia.

Visita a la iglesia

Aquel día 23 de mayo de 1980, mi madre me invitó para que fuera a la iglesia, y le dije que no. Pero me quedé pensando en las opciones que tenía esa noche. Si me iba la calle y a las esquinas, fácilmente yo volvería a lo mismo de antes. Entonces me dije: “Déjame ir a la iglesia para ver qué está pasando allí”. Como muchacho de 16 años, no estaba interesado en el Señor. Quería evaluar todo lo que había en la iglesia y fui con ese interés, pero allí escuché el evangelio.

Era un miércoles y el pastor (que ya no era Don Lolo sino Rafael Torres Ortega) predicó de Juan 3:16 y explicó el plan de salvación. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda más tenga vida eterna”. El mensaje fue claro. El llamado fue a aceptar al Señor Jesús. Había entendido la encarnación de nuestro Señor Jesucristo y que Su sacrificio había sido por mis pecados; los pecados que yo sabía que había cometido, los pecados que yo estaba cometiendo y de los que el Señor me quería salvar.

Susurros de Satanás

Aunque deseaba pasar al frente y aceptar a Jesús en mi corazón pues sentía que lo necesitaba, era como que el mismo Satanás se parara a mi lado y me dijera: “Tú no viniste aquí para hacer esto; mira adonde tú estás; no deberías estar en este lugar; sal de aquí corriendo. Si tú pasas al frente te vas a meter a la religión y ¿qué va a pasar con tus amigos? Todo era una lucha en la mente. Yo oía la voz misma del enemigo que me decía que no debía tomar la decisión de seguir a Jesús. Entonces, me fui a casa ese miércoles sin tomar una decisión.

Los viernes se llevaban a cabo los pesajes de las peleas que se celebraban los sábados. Era boxeador aficionado y ese mes había peleado tres veces. Me tocaba ir a pesarme otra vez para pactar la siguiente pelea, pero me habían dado una buena golpiza en la pelea anterior y todavía tenía la cara hinchada. Me dije: “mejor descanso esta semana y vuelvo la semana que viene”. Y no fui al pesaje. Yo peleaba en las 147 libras; los que conocen un poquito de boxeo saben que es un peso wélter.

Me encontraba nuevamente en casa y pensé, ¿qué hago esta noche? Me acordé que había servicio en la iglesia y decidí ir, pero esa vez decidí ir por las razones más correctas. Me habían gustado las canciones, la había pasado bien, me había gustado el ambiente. Ese viernes, 25 de mayo de 1980, no lo olvido jamás, porque fue el día más importante de mi vida.

Consejo para pastores

Nuevamente el pastor trajo la predicación esa noche. Les quiero dar un consejo de lo más profundo de mi corazón a los pastores y hermanos predicadores. Quiero decirles que esos 30-45 minutos cuando usted se encuentra detrás del púlpito durante el culto debe usarlos para predicar la palabra del evangelio. Sé que fácilmente uno se puede desviar para decir otras cosas, historias y enseñanzas, pero, por favor, por las vidas de las personas que están allí queriendo oír la Palabra de Dios, predique el evangelio.

Gracias al Señor, el pastor ese día predicó nuevamente el evangelio, el plan de salvación y lo entendí más claramente. Allí tomé esa decisión, pero la tomé más por mí. Pasé al altar, muy avergonzado y recuerdo que hice probablemente la oración del ateo. En el altar, me olvidé de mis amigos, de mi entrenador, del “qué dirán social” y de cómo iba a explicarle a todo el mundo la decisión que estaba tomando. Porque mi imagen no cuadraba con la imagen de una persona religiosa que ahora iba a la iglesia. No mezclaba.

La oración de un ateo

En la oración le dije a nuestro Padre “Mira, lo primero que voy a decir aquí es que yo no sé si existe un Dios. Vamos a hablar con claridad. Yo no sé. Lo que yo pienso de estos que están sentados detrás de mí es que están un poquito loquitos. Pero estoy aquí. Si existiera

en algún lugar del universo, en alguna estrella, en algún sitio un ser que fuera Dios, que se llamara Dios, que es como dice este predicador, que ha creado el mundo, yo quiero que ese ser me escuche. Aquí está Alfredo y es mejor que aproveches esta oportunidad porque una segunda no habrá. Esto es mucha vergüenza para mí”. (Yo sentía que todo el mundo me estaba mirando y me sentía avergonzado frente a mi mamá, sometido, porque finalmente estaba ahí y que tenía que hacer lo que mi mamá me decía que hiciera).

Pero qué bueno es el amor de Dios y su ternura, que condesciende para conocer nuestra fragilidad y nuestras dudas. Qué bueno que entre los discípulos de Jesús el Señor no descartó a Tomás, ni a Pedro ni a tantos de nosotros que no confiamos en Él cuando debemos confiar. El Señor escuchó mi oración. Oraron por mí, me dijeron que ahora era amigo de Dios y que podía hablar con Él y leer la Biblia. Y me fui para casa.

Compasión por los perdidos

No vi los cielos abiertos en la iglesia, no vi nada fuera de lo normal. Yo salí como entré, solamente hice esa oración. Pero cuando iba camino a mi casa, vi en mi barrio a mucha gente tomando bebidas alcohólicas y fumando. Antes ya había ido a la iglesia y había visto a esas personas bebiendo y fumando, y para mí era normal. Pero ahora cuando salí de la iglesia para ir a casa los vi diferentes y sentí compasión por ellos.

Yo dije “por lo menos yo estoy haciendo algo diferente para salir de eso”. Beber y fumar...yo pasé por ahí y eso no lleva a ningún lado; eso no da la felicidad. Yo por lo menos estoy yendo a la iglesia para ver si encuentro algo diferente. Y dije “Ellos deberían ir a la iglesia; está cerquita allí. Que se vayan a la iglesia a ver si hay algo diferente”. Ahora entiendo que esa era la obra del Espíritu Santo en mi corazón que estaba sembrando una chispa misionera; un deseo de que otros conocieran aun lo poquito que yo había experimentado.

Lectura de la Biblia

Comencé a leer la Biblia tal como me habían dicho. Yo quería hacer todas las cosas bien porque si esto fallaba, no iba a ser por culpa mía o porque yo hubiera hecho las cosas mal. Porque no hubiera hecho la tarea y después vinieran a decirme que había sido mi culpa. Yo iba a hacer mi asignación. Si fallaba esto, sería porque todo lo que dicen los cristianos es falso y porque Dios no existe; es un cuento de camino.

Vergüenza delante de mis amigos

Me avergonzaba que me vieran yendo a la iglesia con la Biblia en mano. Me las ingeniaba para dar la Biblia a mis hermanas para que ellas me la cargaran. Otras veces se la daba a mi madre. Yo pasaba un rato con mis amigos en la esquina y después me iba a la iglesia.

Había que ir bien vestido, entonces cuando me paraba en la esquina a hacer ese teatro, me preguntaban “¿Para dónde vas?”. Yo no quería decir que iba a la iglesia entonces decía que iba al cine o a ver cosas. Hice eso durante dos semanas. Pasaba saludando a mis amigos en la esquina y cuando llegaba a la iglesia, mi hermana o mi mamá me daban la Biblia y allí yo me gozaba.

Un día estaba leyendo la Biblia antes de ir al servicio y me encontré con el pasaje donde Jesús les dice a sus discípulos: “Les digo que todo aquel que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; pero el que me niegue delante de los hombres será negado delante de los ángeles de Dios”. (Lucas 12:8-9). Esa escritura fue como la garra de un león que me apretó el cuello preguntando, “¿Que tú estás haciendo?”. Yo dije “Bueno Señor, yo no quiero que Tú te avergüences, sino todo lo contrario, que Tú hables bien de mí delante de los ángeles. Entonces no me voy a avergonzar más”.

Testificando en las esquinas

Ese día busqué la Biblia más grande que había en mi casa y salí a la calle y empecé a decirles a las personas “Ahora yo soy cristiano, le sirvo al Señor y estoy yendo a la iglesia”. Algunos, al principio pensaron que estaba bromeando y no me creían, pero yo les decía que era en serio. Otros me decían “¿ahora te

metiste tú a esto?” Mi respuesta era “En realidad no me metí a esto, es que esto se metió dentro de mí y está cambiando mi forma de pensar y mi forma de vivir”.

Me paraba en las esquinas solo o con mi madre que me acompañaba y otros se añadían poco a poco y venían a dar testimonio. No sabía mucho del evangelio, así que yo les predicaba un mensaje sencillo “Es verdad, es verdad lo que dicen los cristianos de la iglesia de la esquina”. Yo mandaba la gente a la iglesia y les decía “Mira, yo creía que la iglesia era para personas mayores, para niñas, para mujeres, y que no era para jóvenes, pero yo estaba equivocado. Los cristianos evangélicos tienen razón. Entonces vayan a la iglesia. Ustedes me conocen, yo era el peleonero, yo era el boxeador, pero ya no quiero seguir haciendo eso. Ahora tengo un compromiso con el evangelio y con decirles a ustedes que el Señor está conmigo”.

Hubo personas que vinieron con violencia hacia mí pero la forma en que yo les respondía no era con golpes sino a la manera cristiana, y eso sirvió como testimonio porque ahora las personas no creían por lo que yo les decía sino creían por lo que yo hacía. Muchos me empezaron a decir, “Sí creemos que Dios te cambió porque nosotros te conocemos y si eso te hubiese pasado antes, tú estuvieses llamándonos a nosotros para pelear y formando pandillas para pelear. Pero tú estás completamente diferente”.

Llamado a predicar

Allí en todas las esquinas de mi barriada, luego en todos los puntos de mi ciudad empezó mi llamado para ser un predicador. Posteriormente, el Señor me dio la oportunidad de conocer a una hermosa chica. Nos conocimos en la iglesia, nos enamoramos, y nos casamos. Mi esposa se llama Yolanda Hawthorne, de padres estadounidenses, que vivían en Bayamón, Puerto Rico. Yo fui a la universidad e hice la carrera de periodismo y comencé a ejercer, primero como periodista y luego como jefe de redacción de periódicos regionales. Mi esposa trabajó como maestra de inglés.

Cuando tenía 27 años salimos al campo misionero a Paraguay y al norte de Argentina, para plantar iglesias con el deseo de que más personas en todo el mundo escuchen las buenas nuevas de salvación. Luego el Señor nos guio a comenzar la Fundación Mies con el deseo de llevar la Palabra de Dios a quienes no tienen acceso a ella. Colocamos Biblias, Nuevos Testamentos y otras porciones de las Escrituras en manos de obreros cristianos, activos en programas de evangelización, discipulado y plantación de iglesias en todo el mundo. Hasta la fecha, la Fundación Mies ha apoyado a más de 300 trabajadores cristianos en todo el mundo y ha puesto más de 4,000,000 piezas de literatura bíblica (Biblias, Nuevos Testamentos, evangelios, y tratados) en manos de quienes la necesitan.

¡Arrepiéntanse!

Concluyo con el mensaje del evangelio anunciado por nuestro Señor Jesucristo en Marcos 1:14-15, “Después que Juan fue encarcelado, Jesús se fue a Galilea predicando el evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse y crean en el evangelio!”. He estado en el servicio pastoral 20 años y he predicado el evangelio por más de 42 años. No hubo mejor modo de vivir mi vida que sirviendo al Señor desde mi juventud. Llevo 38 años casado con Yolanda, tengo tres hijos y nueve nietos. Mi madre, Carmen, aún vive y sigue sirviendo al Señor y orando. Dios te bendiga.

Oración de Decisión

Si desea ser salvo de sus pecados, solo tiene que decirle eso al Señor en una oración. Puede orar algo como lo siguiente:

“Santísimo Dios, confieso que soy pecador, digno de tu juicio eterno. Me arrepiento de todos mis pecados. Confío que el sacrificio de tu Hijo Jesucristo en la cruz pagó por todos mis pecados. Recibo a Jesús como mi Señor y Salvador. Escribe mi nombre en el libro de la vida para morar contigo por la eternidad. En el nombre de Jesús. Amen”.

Nombre _____

Fecha _____

LA INCANSABLE ORACIÓN DE UNA MADRE

Alfredo Vallellanes fue criado en el evangelio, pero en los años de la adolescencia él abandonó todo lo que había aprendido y se volvió un ateo. Él dice, “mi madre me llevaba a la iglesia cuando niño; pero a los 13 años dejé de asistir. Yo sentía que la iglesia no respondía a aquello por lo que estaba pasando. De los 13 a los 16 años, comencé a probar todo lo que la vida ofrece; era un muchacho de lo más malo. Me vi involucrado en actividades ilegales y en riesgo de perder la vida. Pero mientras yo hacía todo eso, había una madre que no perdía la esperanza. Aunque me veía haciendo todas esas cosas con las que yo la avergonzaba, seguía confiando en Dios, de que la semilla que se había sembrado en mi mente y en mi corazón daría fruto algún día”.

En este librito, el Señor Vallellanes cuenta como Dios lo alcanzó con Su brazo poderoso y lo regresó a Sus pies en respuesta a la incansable oración de su querida madre.



Alfredo Vallellanes es
el Presidente de la
Fundación MIES.



Escanee el código QR para ver a Alfredo Vallellanes compartiendo su testimonio en Radio Amistad.